

Santo Domingo de Guzmán: Predicador de la Verdad

Fr. Nelson Medina, O.P., PhD,
Regente de Estudios, Dominicanos de Colombia

Los Evangelios nos presentan un hecho sorprendente: la verdad es una persona. Según ello, llegar a la Verdad no es encontrar una ecuación, una teoría, un poema o un diagrama. Se llega a la Verdad cuando se llega a la Persona de Jesucristo (Juan 14,6).

Semejante afirmación reclama algún argumento que la justifique, sobre todo porque nos interesa ver qué significa ese “VERITAS” del escudo de la Orden Dominicana, tomado, con toda certeza, de la experiencia de discípulo y maestro de Santo Domingo de Guzmán.

Desarrollaré la exposición en los siguientes puntos:

1. La experiencia del engaño.
2. Preguntas objetivas, subjetivas, inter-subjetivas y trans-subjetivas.
3. Domingo, siempre discípulo y siempre maestro.

1. La experiencia del engaño

Que se diga que la verdad es una *persona* deja de ser tan extraño cuando se descubre la carga existencial que tiene la experiencia del engaño. La verdad es más opuesta al engaño que a la ignorancia. Y si es verdad que los contrarios ayudan a reconocer a sus contrarios,¹ entonces es buena idea mirar al engaño para aprender algo sobre la verdad.

¿Qué es el engaño, y por qué desierta sentimientos tan fuertes en quien lo sufre? Puede decirse que un engaño es una ruptura. A medida que se crean vínculos de lealtad, amistad, amor o confianza, se forma un puente, que uno estima sólido, con las otras personas. Ese puente llega a ser tan firme que uno ya no piensa en él sino que sencillamente lo transita, y entonces se crea una experiencia de ensanchamiento del propio ser. Por eso alguien definió la amistad como “un alma en dos cuerpos.”² El engaño viene a romper esa comunión, esa continuidad, ese ser nuevo que se había creado. Engañar es matar algo, o incluso: es matar a alguien; un “alguien” que existió y que deja de existir cuando se rompe la confianza. Es la experiencia que describe el salmo:

*El que viene a verme habla con fingimiento,
disimula su mala intención
y, cuando sale afuera, la dice.
Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí,
hacen cálculos siniestros:
«Padece un mal sin remedio,
se acostó para no levantarse».
Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba,*

1 En varias ocasiones Dios Padre le habla a Santa Catalina de Siena sobre ese hecho que intuitivamente es tan cercano: la humildad brilla especialmente ante la soberbia; la generosidad se deja ver mejor que nunca al lado de la mezquindad, y así sucesivamente. Véase el *Diálogo*, en el capítulo intitulado “Cómo toda virtud se adquiere por medio del prójimo.”

2 Diógenes Laercio, en su *Vidas de Filósofos Eminentes*, atribuye la frase a Aristóteles.

*que compartía mi pan,
es el primero en traicionarme.
Pero tú, Señor, apiádate de mí,
haz que pueda levantarme,
para que yo les dé su merecido.
(Salmo 40, 7-11)*

Dos cosas hay que destacar aquí: Primera, cómo el engaño genera una necesidad de reparación, de que se haga justicia. Segunda, el engaño acontece entre sujetos, entre personas. La naturaleza no sabe engañar.³ Los átomos no esconden sus electrones, ni las galaxias se maquillan para que no descifremos sus espectros.

2. Preguntas objetivas, subjetivas, inter-subjetivas y trans-subjetivas

La verdad no existe para quien no tiene preguntas, sea que estas se formulen expresamente o que pertenezcan al rango de las búsquedas. El animal saciado y en reposo, porque ha descansado bien, se ha alimentado bien, o se ha apareado a gusto, no busca ni pregunta; por eso su mundo carece de la verdad *objetiva*, es decir, aquella que responde a la búsqueda, no del estímulo, sino de la naturaleza. Saciada de forraje, la vaca ya no pregunta qué le alimenta en aquello que la sacia.

Una noción filosófica de inteligencia debe partir de esa clase de búsqueda, que no es puramente “estimúlica,” en el lenguaje de Xavier Zubiri.⁴ La verdad aparece así como el término de búsqueda del conjunto de la *intencionalidad* humana, en las categorías de Bernard Lonergan.⁵ Por eso este mismo autor ve la “realidad” como aquello que logra una subjetividad auténtica. El computador no obtiene verdad, estrictamente hablando; ni tampoco la obtienen el caballo o el delfín.

La cuestión “objetiva” de la verdad, y del “en-sí” de las cosas, va entonces ligada a la pregunta subjetiva sobre la intención de verdad en el que busca y cuestiona. En tal sentido se atribuye a San Agustín aquel aforismo: “Nadie niega a Dios sino aquel a quien no le conviene que Dios exista.”

La verdad subjetiva coincide, en términos generales, con la pureza de corazón de que habla la Sagrada Escritura. Ser verdadero “por dentro” es tener un corazón limpio; ser como Natanael, en palabras de Jesús: “un israelita en quien no cabe engaño” (Juan 1,47). Esta limpieza de algún modo escapa a la mirada humana, y por eso el salmista pide:

*Los preceptos del Señor son justos,
porque traen alegría al corazón.
El mandamiento del Señor es puro
y llena los ojos de luz.
El temor del Señor es limpio
y permanece para siempre.
Los decretos del Señor son verdaderos,
todos ellos son justos,*

3 J. Dabin, en su *General Theory of Law*, se basa en este principio para edificar toda la teoría sobre qué relación hay entre lo legal y lo correcto. Véase: http://www.vanuatu.usp.ac.fj/courses/LA100_Legal_Systems1/LA100_Readings/LA100_reading6_5.html

4 Véase especialmente su obra *Inteligencia Sentiente*, Técnos, 2004.

5 Véase Thomas J. McPartland, *Lonergan and the Philosophy of Historical Existence*, University of Missouri, 2000, 256.

*¡son de más valor que el oro fino!,
¡son más dulces que la miel del panal!
Son también advertencias a este siervo tuyo,
y le es provechoso obedecerlas.
¿Quién se da cuenta de sus propios errores?
¡Perdona, Señor, mis faltas ocultas!
Quítale el orgullo a tu siervo;
no permitas que el orgullo me domine.
Así seré un hombre sin tacha;
estaré libre de gran pecado.
(Salmo 17,8-13)*

Hay que destacar en este texto cómo hace el tránsito entre la verdad *objetiva*—lo que es bueno en sí, y resulta deleitable y lógico a nuestro pensamiento—es decir, los mandamientos de Dios, y la verdad *subjetiva*, de la cual se declara juez insuficiente. Al fin y al cabo, sólo Dios penetra el corazón y sondea las entrañas (véase Jeremías 17,5-10).

Se ve por qué la verdad no puede ser puramente *conquista*; es irreduciblemente *don*. No puedo programar la verdad; la puedo acoger, como se acoge a un amigo. En la capacidad de acogernos mutuamente surge la verdad inter-subjetiva, en la que el engaño es derrotado una y otra vez. A este respecto dice la 1 Juan 2,20-21.26-27:

Cristo, el Santo, los ha consagrado a ustedes con el Espíritu, y todos ustedes tienen conocimiento. Les escribo, pues, no porque no conozcan la verdad, sino porque la conocen; y ustedes saben que ninguna mentira puede venir de la verdad. Les estoy escribiendo acerca de quienes tratan de engañarlos. Pero ustedes tienen el Espíritu Santo con el que Jesucristo los ha consagrado, y no necesitan que nadie les enseñe, porque el Espíritu que él les ha dado los instruye acerca de todas las cosas, y sus enseñanzas son verdad y no mentira. Permanezcan unidos a Cristo, conforme a lo que el Espíritu les ha enseñado.

La comunidad es salvaguarda de la verdad. Por eso también san Pablo llama a la Iglesia “columna y fundamento de la verdad” (1 Timoteo 3,15). A su vez, esta verdad “comunitaria” o inter-subjetiva, hay su apoyo último en una verdad trans-personal, que nos pone en comunión con la Persona Divina del Espíritu Santo, el que guía “a la verdad completa” (Juan 16,13).

3. Domingo, siempre discípulo y siempre maestro

Las primeras biografías ya hablan de él como el “Maestro Domingo,” pero conviene mirarlo primero como discípulo. Su mirada atenta lee en el Cristo Crucificado⁶ una verdad que a nosotros parece escapárse nos. Lleva consigo el Evangelio, que ya prácticamente se sabe de memoria, porque no renuncia a aprender de él. Invita a sus compañeros de camino a “pensar en el Salvador” porque quiere seguir escuchando la palabra de su Maestro. Por eso su palabra brota fresca, como fruto de un encuentro que es siempre reciente y siempre renovado.

La palabra de Domingo es firme pero sin seña de intolerancia; es erudita sin pedantería; amigable, sin espacio para relativismo; franca, sin agresividad; ilustrada y comprensible;

6 Recuérdese el famoso cuadro del Beato Angelico, en que Domingo, arrodillado, clava sus ojos en el Crucificado.

motivada por el amor a Dios y el amor al prójimo; capaz de exponer los grandes ideales y de entender las limitaciones e imperfecciones de los que apenas empiezan.

La verdad que presenta Domingo no es una teoría o una ecuación; es, en el fondo, la verdad de Cristo, es decir, la verdad sobre Dios y sobre el hombre.

Frente a un “dios” que detesta la materia—el dios de los maniqueos--, que es a la vez un dios impotente frente al dios malo que posee la materia, Domingo presenta al Dios creador, aquel que se goza en toda su obra y que nos invita a aceptar de manera integral y agradecida todo lo que somos.

Frente a un hombre encerrado en la cárcel del temor o perdido en el desierto de mil propuestas religiosas, Domingo ofrece un modelo de humanidad serena; abierta al pasado, el presente y el futuro; un modo de ser humano que toma en serio emociones, ideas, recuerdos y sueños, sin destruir uno para construir otro.

+